

## FILOSOFIA CONTEMPORANEA

por JUAN BAUSTISTA ALBERDI

### *Palabras de presentación del Dr. Coriolano Alberini*

En 1905 era yo alumno de quinto año del Colegio Nacional de Buenos Aires. Una mañana me hallaba en la Biblioteca del establecimiento hojeando libros. Paré mi atención sobre un corpulento volumen que se titulaba "Anales de la Biblioteca". Examiné al azar el contenido, deteniéndose en un extenso trabajo con este título: "Alberdi y el desarrollo constitucional". Su autor se llamaba Paul Groussac, nombre absolutamente desconocido para mí. Me impresionó de inmediato la fuerza expresiva, el estilo, el saber y algunas notas sabrosas al pie de las páginas. Terminada la lectura del extenso y cautivante trabajo, me encontré con un juicio categórico: "Está visto que la historia del pensamiento argentino poco o nada vale". Tal era la impresión que dejaba en mí el sabio y elegante panfleto. Al año siguiente, era yo alumno de la Facultad de Filosofía y Letras. Como desempeñaba el cargo de bibliotecario—escribiente, estaba en constante intimidad con libros de todas clases. Me había especializado en la historia del romanticismo alemán, incitado por las obras del eminente Arturo Farinelli, el gran erudito y lírico. Tal era la característica de este autor. Tanto, que en Italia se decía de él que era "un Werther de la bibliografía", aludiendo al carácter lírico y melodramático, un tanto lacrimoso, de las sabias monografías de ese autor.

La verdad es que Farinelli entonces me entusiasmaba por su extraña mezola de erudición inmensa y astro de poeta. Por primera vez tuve noticia del filósofo de la historia, el alemán Herder. Ello me llevó a leer un importante trabajo de su introductor en Francia, Edgardo Quinet. Hirió mi atención la vaga similitud entre algunas ideas de Herder y de Alberdi, tal como se exponen, en forma directa o indirecta, en el "Fragmento preliminar al estudio del derecho", lo que me impresionó vivamente, pues, al parecer, Alberdi ostentaba algunos algunos conceptos mencionados por Groussac. Al cabo de algún tiempo de estudios, comencé a sospechar la injusticia e incomprensión de Groussac. Alberdi era algo más que un periodista común. Comencé a darme cuenta de que era un pensador, cuyas ideas resultaban completamente novedosas en nuestro país en aquellos tiempos, o sea en 1837. Evidentemente, Groussac había rebajado en extremo a nuestro autor, pues carecía de temperamento y cultura filosófica, no obstante su fibra de escritor e historiador. Es sabido que Groussac suele disminuir el tamaño de la efigie de nuestros próceres del pensamiento. Me recuerda a aquellos indios del Amazonas, célebres como cazadores de cabezas. Es sabido que estos salvajes decapitan a la víctima y merced a una preparación misteriosa, toman la cabeza, la deshuesan y la empequeñecen dejándola del tamaño de un puño... Sin duda, hay un profundo parecido entre la cabeza en su forma primitiva y la cabeza reducida y momificada. Groussac es como esos indios: todo un reductor de cabezas próceres... Es lo que pasa con Alberdi. Y lo grave es que Groussac multiplicó sus epígonos. Ciertamente que Groussac nos da una efigie ingeniosamente elaborada, como cumple a un artífice magnífico de inspiración mordiente; pero, esculpe la cabeza del prócer a golpe de colmillo, aunque, en verdad, siempre se trata de un colmillo marfilino... Ciertamente es que se propuso reaccionar contra las hipérbolos de los exagerados turiferarios, fecundos en frases apolo-géticas y abundantes en el exceso de ditirambos fuliginosos. Groussac puso las cosas al revés, olvidando que, por cierto, Alberdi no es Montesquieu, como Francia no es la Argentina.

Es que no hay nada más difícil que la historia del pensamiento argentino. Yo mismo, en aquellos tiempos, soñé, por abundante ingenuidad, con escribir una historia de las ideas filosóficas latinoamericanas. Puestas las manos a la obra, descubrí lo gigantesco de la tarea. Entonces quise reducirme a la Argentina. . . Tampoco tuvo éxito ante mi conciencia intelectual. Comprendí que era tarea muy ardua. Vi cuán difícil resultaba, máxime en la parte referente a la historia filosófica colonial. Nada más difícil que explorar la escolástica en Córdoba y Buenos Aires, materia sobre la cual poco o nada existía. El estudio de las ideas filosóficas coloniales comportaba conocer el movimiento escolástico europeo, para descubrir la forma que en la Argentina habían tomado esas ideas filosóficas. Lo que aquí se escribió era singularmente vago. Entonces me convencí de que sólo podía profundizar el estudio de las ideas filosóficas argentinas, o sea, desde 1810, y dentro de éstas, ahondar la investigación en el período romántico, especialmente sobre Alberdi. Puede asegurarse que no existía nada serio al respecto. Los que antes escribieron, eran autores de una historia puramente externa de Alberdi. Todos se limitaban a hacer obra de vagos constitucionalistas, economistas, políticos, etc. Si alguno se acercaba más, carecía de temperamento filosófico y, sobre todo, ignoraba la historia de la filosofía, estudiada no sólo en los grandes autores de la edad moderna, sino también, y eso es lo grave, desconocían muchos autores de segundo orden, no por ello menos esenciales desde el punto de vista argentino, especialmente en lo que toca a cultura filosófica de Francia en la primera mitad del siglo XIX. Eran todos autores de mucho prestigio en su época, pero hoy casi olvidados. Los más se ocupaban de filosofía de tipo político superior. Esos autores tenían urgencia para resolver problemas de orden político y social. Así lo exigía la crisis filosófica traída por la Revolución francesa y la caída napoleónica. Puede decirse que esos autores no eran filósofos en el sentido especulativo puro. Cultivaban, sí, las grandes ideas filosóficas, pero siempre con inflexión práctica. Estos fueron, precisamente, los maestros que conocieron Echeverría y Al-

berdi. Ellos buscaron la forma argentina de tales doctrinas, sin que se incurriera en simple remedo, pues la aplicación se hizo, según veremos, con profundo sentido de la realidad argentina.

*Dr. Coriolano Alberini*

## FILOSOFIA CONTEMPORANEA

Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea, en el Colegio de Humanidades. Montevideo, 1842.

La primera dificultad que se presenta al ocuparse de la filosofía, es no solamente la falta de un texto, la falta de un cuerpo completo de doctrina filosófica, sino la falta de una definición de la misma, de una noción de la ciencia filosófica : esta observación ha sido hecha por Jouffroy.

Cada escuela famosa la ha definido a su modo, como la ha comprendido y formulado a su modo.

Esta divergencia es peculiar a las primeras épocas de la filosofía como a sus actuales días.

No obstante, si queremos darnos cuenta de lo que han hecho Platón y Aristóteles, Descartes y Bacon, Kant y Cousin, cada vez que han filosofado, veremos que no han hecho otra cosa que tentar la solución del problema del origen, naturaleza y destinos de las cosas. Así la filosofía ha podido tomarse como la *totalidad de la Ciencia humana*.

Sin embargo, aquellos ramos de la filosofía que han consagrado al estudio de las cosas más exteriores al hombre, de las físicas y materiales, han tomado la denominación de *ciencias naturales y físicas*. Y se han reservado como por antonomasia el hombre de ciencias filosóficas aquellos ramos del saber que se han dedicado al estudio de los fenómenos del espíritu humano. Es así como *lo bello, lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo santo, el alma, Dios*, han sido y son las cosas que han absorbido casi exclusivamente la atención de lo que se ha llamado filosofía.

¿Qué son estas cosas en su naturaleza, por qué son como son, qué leyes las gobiernan, qué destinos las rigen en el mecanismo de lo criado, qué medios posee el hombre para conocerlas, qué conquistas cuenta en la carrera de sus investigaciones. He aquí lo que la filosofía se agita por resolver desde tres mil años, y sobre lo que no ha conseguido apenas sino fijar las cuestiones. La filosofía, pues, como ha dicho el filósofo más contemporáneo, M. Jouffroy, está por nacer.

No hay, pues, una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo ha tenido su filosofía peculiar, que ha cundido más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela han dado soluciones distintas a los problemas del espíritu humano.

La filosofía de cada época y de cada país ha sido, por lo común, la razón, el principio o el sentimiento más dominante y más general que ha gobernado los actos de su vida y de su conducta. Y esa razón ha emanado de las necesidades más imperiosas de cada período y de cada país. Es así como ha existido una filosofía oriental, una filosofía griega, una filosofía romana, una filosofía alemana, una filosofía inglesa, una filosofía francesa y como es necesario que exista una filosofía americana. Así es como se ha visto una filosofía de Platón, una de Zenón, una de Descartes, otra de Bacon, otra de Locke, otra de Kant, otra de Hegel, filosofía del Renacimiento, filosofía del siglo XVIII, filosofía del siglo XIX.

No hay, pues, una filosofía de ese siglo; no hay sino sistemas de filosofía, esto es, tentativa más o menos parciales de una filosofía definitiva. La filosofía de este siglo se puede concebir como un conjunto de sistemas especiales más o menos contradictorios entre sí. ¿Qué es conocer la filosofía de este siglo? Conocer a Fichte, a Hegel, a Stuart, a Kant, a Coussin, a Jouffroy, a Leroux, etc. Hay filósofos, pero no filosofía, sistemas, no ciencia. Si fuese preciso determinar el carácter más general de la filosofía de este siglo, diríamos que ese carácter consiste en su situación negativa. La filosofía del día es la negación de una filosofía completa existente, no de una filosofía com-

pleta posible, porque de otro modo la filosofía del día sería el excepcionalismo, sin excluir el eclecticismo, porque de lo contrario sería reconocer una filosofía' ¿Qué utilidad puede tener una filosofía semejante? La de sustraernos de la denominación de un orden de principios, que pudiésemos considerar como la verdadera filosofía, sin ser otra cosa que un sistema; la de sustraernos de la influencia exclusiva de un sistema, librándonos así de la guerra con los sistemas rivales a quienes debemos paz y tolerancia. La regla de nuestro siglo es no hacer matar por sistema alguno; en filosofía, la tolerancia es la ley de nuestro tiempo.

En el deber de ser incompletos, a fin de ser útiles, nosotros nos ocuparemos sólo de la filosofía del siglo XX, y de esta filosofía misma excluirémos todo aquello que sea menos contemporáneo y menos aplicable a las necesidades sociales de nuestros países, cuyos medios de satisfacción deben suministrarnos la materia de nuestra filosofía.

Para nosotros la filosofía del siglo XIX en Europa se compondrá de los distintos sistemas que en Alemania, Escocia y Francia han sido formulados por Kant, Hegel, Stuart, Cousin, Jouffroy, etc. etc.

Nos acercaremos directamente a la Alemania y a la Escocia lo menos que nos sea posible; nada menos propio que el espíritu y las formas del pensamiento del Norte de Europa, para iniciar en los problemas de la filosofía a las inteligencias tiernas de la América del Sud.

El pueblo de Europa que por las formas de su inteligencia y de su carácter está destinado a presidir la educación de estos países es, sin contradicción, la Francia: el mediodía mismo de la Europa le pertenece bajo este aspecto, y nosotros también, meridionales de origen y de situación, pertenecemos de derecho a su iniciativa inteligente.

Por fortuna, en la actual filosofía francesa se encuentran refundidas las consecuencias más importantes de la filosofía de Escocia y de Alemania; de modo que habiendo conseguido orientarnos de la presente situación de la filosofía en Francia, podremos estar ciertos de que no quedamos lejos de las ideas escocesas y germánicas.

Tres grandes escuelas filosóficas se han dejado conocer en Francia en este siglo: la escuela *sensualista*, tradición del siglo pasado, la escuela mística y la escuela ecléctica.

A estas escuelas se agregan otras menos importantes y menos famosas y que han nacido después de la revolución de Julio.

La escuela *sensualista* que cuenta por sus representantes más modernos a Cabanis, no obstante pertenezca al siglo pasado, a Destut de Tracy, Volney, Garat, Lancelin, Broussais, Gall y Asais, será representada en nuestra enseñanza por aquél de estos que por la extensión de sus vistas haya comprendido a todos los de su familia.

La escuela *mística*, representada por De Maistre, Lammenais, Bonald, D'Eckstein, Ballanche y Saint Martín, será estudiada en el representante más ruidoso y más pronunciado.

La escuela *ecléctica*, que cuenta por órganos a Berardi, a Nirvey, Ketty, Messias, Dron, De Gerardo, Brinstitten, Ansillon, La Moriguierri, Main de Biran, Roger-Collard, Coussin y Jouffroy, nos será conocida en su expositor más afamado.

Y la escuela que podríamos denominar de Julio, que ha sido representada por Lerroix, Carnot, Lermínier, etcétera, será también estudiada en su propagador más elocuente.

Una revista rápida de estos sistemas nos pondrá en estado de determinar los grandes rasgos que deben caracterizar a la filosofía más adecuada a la América del Sud. Trataremos de señalar las grandes exigencias de la sociedad americana: nos ocuparemos del problema de los destinos de este continente en el drama general de la civilización, principiando por tocar el problema de los destinos humanos, que es la más alta fórmula de la filosofía, no siendo las demás ciencias humanas sino los términos sueltos de este problema.

La filosofía ha dividido este problema para resolverle. De ahí la *moral*, que investiga el destino del hombre en la tierra: la *religión*, que busca su destino antes y después de la vida: la *filosofía de la historia*; que estudia el destino de la especie humana: la *cosmología*, el origen y las leyes del universo: la teología, la naturaleza de Dios



✓ sus relaciones con el hombre y la creación; de ahí, en fin, el *derecho natural*, el *derecho político*, el *derecho de gentes*, etcétera, que no son sino ramos subalternos del estudio de los destinos humanos.

Aplicaremos a la solución de las grandes cuestiones que interesan a la vida y destinos actuales de los pueblos americanos la filosofía que habremos declarado predilecta. Si en esta aplicación somos incompletos, como es de necesidad que seamos, nos habrá servido ella, a lo menos, para darnos la habitud de encaminar nuestros estudios hacia nuestras necesidades especiales y positivas.

Esto nos lleva a un examen crítico de los publicistas y filósofos sociales europeos, tales como Bentham, Rousseau, Guizot, Constant, Montesquieu y otros muchos. Será la oportunidad de explicar y refutar a Donoso Cortés, que por su elocuencia promete en sus ideas un ascendente entre nosotros, siendo inaplicables en estos países de democracia, aunque adaptables a las exigencias monárquicas de la España.

Así la discusión de nuestros estudios será más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí, en el de la filosofía de aplicación, de la filosofía positiva real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países. En el terreno de la filosofía favorita de este siglo: la *sociabilidad* y la *política*. Tal ha sido la filosofía como lo ha notado Damison en manos de Lamennais, Lerminier, Tocqueville, Jouffroy, etc. De día en día la filosofía se hace estadística positiva, financiera, histórica, industrial, literaria en vez de ideológica y psicológica: ha sido definida por una alta celebridad del pensamiento nuevo, la *ciencia de las generalidades*.

Tocaremos, pues, de paso la metafísica del individuo para ocuparnos de la *metafísica del pueblo*. El pueblo será el grande ente, cuyas impresiones, cuyas leyes de vida y de movimiento, de pensamiento y de progreso trataremos de estudiar y de determinar de acuerdo con las opiniones más recibidas entre los pensadores más

liberales de nuestro siglo, y con las necesidades más urgentes del progreso de estos países.

Y desde luego, partiendo según esto de las necesidades más fundamentales y sociales de nuestros países en la hora en que vivimos, los objetos de estudio que absorban nuestra atención, serán:

- 1º) La organización social, cuya expresión más positiva es la *política constitucional y financiera*.
- 2º) Las costumbres y usos cuya manifestación más alta es la *literatura*.
- 3º) Los hechos de conciencia, los sentimientos íntimos, cuyo noble reflejo es la *moral* y la *religión*.
- 4º) La concepción del camino y de los destinos que la Provi-dencia y que el siglo señalan a nuestros nuevos estados, cuya relación pediremos a la *filosofía* de nuestra *historia* y a la *filosofía de la historia* general.

Así, pues, derecho público y finanzas, literatura, moral, religión e historia, he aquí los objetos de que nos ocuparemos en los seis meses de este curso. Pero el derecho público, las finanzas, la literatura, la religión, la historia, en sus leyes más filosóficas y más generales, en su razón de conducta y de desarrollo, digámoslo así, y no en su forma más material y positiva. De otro modo no se diría que hacíamos un curso de filosofía. Vamos a estudiar la filosofía evidentemente; pero a fin de que este estudio, por lo común tan estéril, nos traiga alguna ventaja positiva, vamos a estudiar, como hemos dicho, no la filosofía en sí, no la filosofía aplicada al mecanismo de las sensaciones, no la filosofía aplicada a la teoría abstracta de las ciencias humanas, sino la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros; en una palabra, la filosofía política, la filosofía de nuestra industria y riqueza, la filosofía de nuestra literatura, la filosofía de nuestra religión y nuestra historia. Decimos de *nuestra política*, de *nuestra industria*, en fin, de todas aquellas cosas que son nuestras, porque lo que precisamente forma el carácter y el interés de la en-

señanza que ofrecemos es que ella se aplica a investigar la razón de conducta y de progreso de estas cosas entre nosotros.

El estudio del hombre comienza a descender de su boga en nuestro siglo, a la par del análisis que cede sucesivamente su lugar a la síntesis. El hombre exterior, el hombre en presencia de sus destinos, de sus deberes y derechos sobre la tierra: he aquí el campo de la filosofía más contemporánea; ha sido y es el fin de todos los filósofos y de todas las filosofías. Platón, Aristóteles, Cicerón, Bacon, Leibnitz, Locke, Kant, Condillac, Jouffroy, han concluído por ocuparse de la política y la legislación; tal es el curso más reciente de la filosofía en Alemania y en Francia, como lo nota Sainte-Beuve.

En América no es admisible la filosofía en otro carácter. Si es posible decirlo, la América practica lo que piensa Europa.

Se deja ver bien claramente, que el rol de la América en los trabajos actuales de la civilización del mundo, es del todo positivo y de aplicación. La abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América. Y los Estados Unidos del Norte han hecho ver que no es verdad que sea indispensable la anterioridad de un desenvolvimiento político y social.

Ellos han hecho un orden social y no lo han debido a la metafísica. No hay pueblo menos metafísico en el mundo que los Estados Unidos, y que más materiales de especulación sugiera a los pueblos filosóficos con sus admirables adelantos prácticos.

Así nosotros, partiendo de las manifestaciones más enérgicas y más evidentes de nuestra constitución externa, escuchando el grito salido del hombre, que por todas partes dice: *soy personal, soy idéntico, sensible, activo, inteligente y libre*, y debo marchar eternamente en el progreso de estos grandes atributos, trataremos según esta ley de la naturaleza que se nos da a conocer, por intuición y por sentimiento, de explicar las condiciones más simples de un movimiento social, político, industrial y literario, el más propio para llegar a la satisfacción de las necesidades más generales de estos países en estas materias.

Nuestra filosofía, pues, ha de salir de nuestras necesidades. Pues según estas necesidades, ¿cuáles son los problemas que la América Latina está llamada a establecer y resolver en estos momentos? Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales de que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político; son los de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre, en el suelo americano.

De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos.

Hemos nombrado la filosofía americana, y es preciso que hagamos ver que ella puede existir. Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad. Una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan por el momento. Americana será la que resuelva el problema de los destinos americanos. La filosofía, pues, una en sus elementos fundamentales como la humanidad, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales. Y es bajo esta última forma que interesa más especialmente a los pueblos. Lo que interesa a cada pueblo es conocer su razón de ser, su razón de progreso y de felicidad, y no es sino porque su felicidad individual se encuentra ligada a la felicidad del género humano. Pero su punto de partida y de progreso es siempre su nacionalidad.

Nos importa ante todo darnos cuenta de las primeras consideraciones necesarias a la formación de una filosofía nacional. La filosofía, como se ha dicho, no se nacionaliza por la naturaleza de sus objetos, procedimientos, medios y fines. La naturaleza de esos objetos, procedimientos, etc., es la misma en todas partes. ¿Qué se hace en todas partes cuando se filosofa? Se observa, se concibe, se razona, se induce, se concluye. En este sentido, pues, no hay más que una filosofía. La filosofía se localiza por sus aplicaciones especiales a las necesidades propias de cada país y de cada momento. La filosofía se localiza por el carácter instantáneo y local de los problemas que importan especial-

mente a una nación, a los cuales presta la forma de sus soluciones. Así la filosofía de una nación proporciona la serie de soluciones que se han dado a los problemas que interesan a sus destinos generales. Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales, o bien la razón general de nuestros progresos y mejoras, la razón de nuestra civilización, o bien la explicación de las leyes por las cuales debe ejecutarse el desenvolvimiento de nuestra nación; Las leyes por las cuales debemos llegar a nuestro fin, es decir, a nuestra civilización, porque la civilización no es sino el desarrollo de nuestra naturaleza, es decir el cumplimiento de nuestro fin (definición dada por Guizot). Civilizarnos, mejorarnos, perfeccionarnos según nuestras necesidades y nuestros medios, he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula:

### *Progreso*

¿Qué tenemos, pues, que hacer para resolver el problema de nuestra civilización? Descomponerlo, dividirlo y resolverlo en cada uno de los problemas accesorios. ¿Cuáles son éstos? He aquí los elementos de toda civilización.

Según esto, ¿qué filosofía es la que puede convenir a nuestra juventud? Una filosofía que por la forma de su enseñanza breve y corta, no la que quite un tiempo que pudiera emplear con provecho en estudios de una aplicación productiva y útil, y que por su fondo sirva sólo para iniciarla en el espíritu y tendencia que preside el desarrollo de las instituciones y Gobiernos del siglo en que vivimos, y sobre todo del continente que habitamos.

Tal es nuestra misión respecto a la enseñanza que varios a desempeñar en este establecimiento. Destinado este colegio en sus estudios preparatorios para formar los jóvenes para la vida social, es indispensable instruirlos en los principios que residen en la conciencia de

nuestras sociedades. Estos principios están dados, son conocidos; no son otro que los que han sido programados por la revolución y están consignados en las leyes fundamentales de estos países. Son varios, pero susceptibles de reducirse en sólo dos principales: la *libertad del hombre* y la *soberanía del pueblo*. Aún podría estos dos reducirse a uno: la *libertad del hombre*.

La libertad del hombre es el manantial de toda nuestra sociabilidad. A causa de que todos los hombres son *libres*, es que todos son *iguales*, y a causa de que todos tienen derecho a su dirección colectiva, es decir, todos tienen parte en la *soberanía del pueblo*.

Así, pues, *libertad, igualdad, asociación*, he aquí los grandes fundamentos de nuestra filosofía moral. Principios proclamados por los pueblos en América, por los cuales no necesitamos interrogar a la psicología, porque se tendría por un desacato el simple hecho de ponerlo en cuestión.

Se ve, pues, que nuestra filosofía, por sus tendencias, aspira a colocarse a la par de los pueblos de Sud-América. Por sus miras será la expresión inteligente de las necesidades más vitales y más alta de estos países; será antirrevolucionaria en su espíritu, en el sentido que ella camina a sacarnos de la crisis en que vivimos; orgánica, en el sentido que se encaminará a la investigación de las condiciones del orden venidero; por último, vendrá a ser para la enumeración de los problemas y soluciones un caudal de nociones de la primera importancia para el joven de las generaciones que están llamadas a realizar estas necesidades. De este modo la filosofía dejará de ser una estéril chicana, será lo que quieren que sea para la Francia Jouffroy, Leroux, Carnot, Lermnier y los más recientes órganos de la filosofía europea.

Repitémoslo para dar fin, dice Jouffroy, "no comprendemos cómo tantas gentes de conciencia se arrojan en los negocios políticos y empujan y arrastran el carro de nuestra fortuna en un sentido y otro, no digo solamente antes de haber pensado en proponerse estas cuestiones, sino aún antes de haberlas agitado en sí mismas, y examinándolas con la madurez conveniente".

Es un deber de todo hombre de bien que por su posición o capacidad pueda influir sobre los asuntos de su país, de mezclarse en ellos; y es el deber de todos aquellos que toman una parte de ilustrarse sobre el sentido en que deben dirigir sus esfuerzos. Pero no se puede llegar a esto sino por el medio que hemos indicado, es decir, averiguando dónde está el país y dónde va; y examinando para descubrirlo dónde va el mundo y lo que puede el país en el destino de la humanidad.